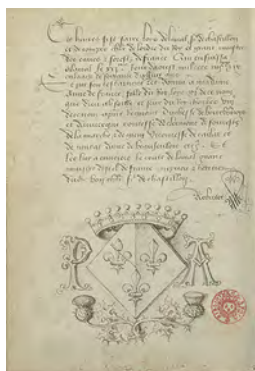


Libro de horas de Luis de Laval

Iniciado hacia 1470-1475, su iluminación se retoma y continúa entre 1485-1489.

En palabras de François Avril, medievalista de renombre mundial y máxima figura europea en códices y manuscritos antiguos:

- Este manuscrito de inusual riqueza es, sin lugar a dudas, la obra más ambiciosa que haya salido jamás del taller de Jean Colombe.
- El *Libro de horas de Luis de Laval* constituye una auténtica proeza iconográfica que supera de lejos cualquier otra tentativa contemporánea de hacer de los libros de horas una **compilación de ilustraciones bíblicas**.
- Colosal programa iconográfico de un manuscrito excepcional. Estamos ante un peso pesado de la **miniatura medieval**.
- A partir de 1480 el manuscrito se enriquece aún más si cabe con la **incorporación del soberbio ciclo de ilustraciones bíblicas** desde el Génesis hasta la historia de Daniel.



El libro fue legado por Luis de Laval, señor de Châtillon, a Ana de Francia, duquesa de Borbón. Entraría, más tarde, a formar parte de las colecciones reales a raíz de la confiscación de los bienes del condestable de Borbón.

El *Libro de horas de Luis de Laval*, según Christine Seidel —en su magnífico ensayo para nuestro libro de estudios complementarios al facsímil— es un **macroproyecto sin precedentes y uno de los más fastuosos ejemplos de la iluminación francesa de todo el siglo XV**. Seidel recoge la opinión generalizada de los expertos de que *estamos ante una auténtica obra maestra para su comitente, Luis de Laval, con una carga de riqueza plástica tan abrumadora que hacen de él algo único y excepcional, un monumental conjunto de imágenes de un manuscrito sin igual*.

Luis de Laval fue uno de los grandes de Francia, a cuya biografía podríamos dedicar todo un bien nutrido volumen. Aquí nos contentaremos con apuntar que era hijo de una familia aristocrática bretona, que fue señor de Châtillon, de Frinandour, de Blanquefort y de varios otros dominios y que estuvo siempre al lado del rey Carlos VII de Francia en la lucha contra los ingleses, en la larguísima Guerra de los Cien Años. Más tarde sería nombrado gobernador del Delfinado, de Génova, de Champaña e incluso, ya al final de sus días, gobernador de La Turena. Formaría también parte del muy elitista registro de los 15 primeros caballeros de la Orden de San Miguel que acababa de fundar Luis XI. Y moriría en el 1489 a los 78 años de edad.

Pero, como nos recuerda luego Samuel Gras en el otro excelente trabajo para el volumen de estudios complementario del facsímil, *además de destacado bibliófilo, Luis de Laval fue todo un mecenas que concede gran importancia a su Libro de horas, en el que se implicó a fondo para que contara con los mejores miniaturistas de la época y a los que seguramente debió de exigir el máximo de su capacidad*. Baste tener en cuenta que más tarde lo regalaría a Ana de Francia —la primogénita del rey Luis XI y de Ana de Saboya— para confirmar el gran valor que atribuía al libro. Por lo que, si bien el **grueso del proyecto es obra de Jean Colombe y de su taller de Bourges**, parece bastante obvio que tuvo también gran interés en encargar la **contribución de otros artistas del taller más prestigioso de aquella época, el de Jean Fouquet**.

Seidel nos invita a detenernos en uno de los dípticos más significativos del libro, el de los folios 50v y 51, que nos presenta el impresionante retrato del comitente, Luis de Laval, frente a la hermosa imagen de la Virgen y el Niño que al parecer se inspira en un admirable modelo de Jean Fouquet, revolucionario para la época, y que solo encontraría parangón, y más bien lejano, en alguno de los encargos del afamado duque de Berry. El esplendor y la viveza de los rostros de los personajes, nos sigue comentando Seidel, *se presentan con una solemnidad y grandiosidad realmente insólitas en la historia de la miniatura y condensan tal vez lo mejor de todo el manuscrito*. La portentosa ejecución de este bifolio lleva a la autora, como ya hicieran otros críticos, a plantearse la posible intervención de otro pintor del entorno de Fouquet —incluso la del mismo Fouquet en persona— para la elegante figura del comitente, una maravilla de retrato, sin igual para la época.





Es interesante destacar cómo la segunda gran campaña de iluminación concluye plasmando buena parte del Antiguo Testamento en sugerentes imágenes, haciendo de este manuscrito no ya solo uno de los más espectaculares libros de horas de todos los tiempos sino también todo un proyecto bíblico de envergadura. En todo caso la historia del manuscrito es apasionante y determinadas secciones como la de los Sufragios de los Santos —que también Gras resalta de forma muy especial— son de una riqueza artística absolutamente excepcional.

Pero Seidel amplía su admiración a la larga serie de magistrales iluminaciones de Jean Colombe que destacan por una decoración realmente audaz y que hacen de este manuscrito una joya del ámbito devocional convirtiéndolo

además en un testimonio único e irreplicable de los registros decorativos del arte religioso en la tardía Edad Media. Sin lugar a dudas quedará inscrito entre lo más hermoso de toda una época. El taller de Colombe fue muy activo y llevó a cabo una sustanciosa y amplia producción, pero este no solo fue el más voluminoso de todos los proyectos sino también el más ambicioso, convirtiéndose a la postre en su máximo exponente y en el manuscrito más ampliamente decorado anterior a la imprenta. Los iluminadores hacen aquí gala de una imaginación casi ilimitada que, para Seidel, roza la genialidad, y terminan realizando una obra sin par.

Gras nos recuerda que diversos expertos coinciden en identificar, en varias de las miniaturas del manuscrito, a un discípulo de Jean Fouquet —que acabará recibiendo diversos nombres— como uno de los artistas de gran nivel. Pues bien, una de las hipótesis más interesantes que nos aporta ese riguroso y concienzudo análisis histórico-estilístico de Gras es el de la figura del pintor **Guillaume Piqueau, discípulo de Fouquet**. Quédense con este nombre y con esta pequeña gran revelación que nos hace Gras, pues, si bien falta todavía la prueba definitiva, existen poderosas razones que avalan su intervención y su presencia, cosa que nadie antes había postulado.

Al parecer, las miniaturas pintadas por Guillaume Piqueau para este manuscrito son las más bellas de toda su carrera de artista. Inspirado en Fouquet, acudiendo a veces al trampantojo o a la perspectiva, con soberbios decorados, dispone con sabiduría la paleta de colores y nos ofrece detalles de gran precisión y belleza que se corresponde con un estilo que revela una considerable madurez. Domina la simetría y sabe dotar de profundidad a sus composiciones.

Tenemos que detenernos una vez más, y esta vez de la mano de Gras, en la impresionante imagen del folio 51, la de *Luis de Laval orante*, que, con trazos de gran precisión, como la cicatriz en la sien, los labios, la nariz, los cabellos canosos en una cabeza casi calva, etc. constituyen **posiblemente la cumbre artística de todo el manuscrito**.

El agobio de la edad en el personaje se transmite por la laxitud de la cara y una ligera papada, lo que no le quita cierta viveza y gran personalidad. Todo el conjunto delata la maestría de un artista de excepción, al que muchos expertos identifican con la única mano que puede exhibir tanta pericia, la del propio Fouquet. François Avril dice que el retrato en cuestión *es de una penetración psicológica digna de Jean Fouquet*, para insistir más tarde en que estamos ante una ejecución de una delicadeza extrema y de una prodigiosa intensidad psicológica que nos conducen a un retratista profesional. Y si bien algún problema de fechas complicaría la veracidad de esta hipótesis, las nuevas dataciones que Gras nos propone para las diferentes campañas solventarían ese problema. Hay otros interrogantes que surgen para esta adjudicación, pero el otro gran argumento, tal vez definitivo, a favor de la autoría del mismísimo Fouquet sería el enorme interés del propio Luis de Laval en hacerse retratar por el que sin ningún género de dudas todos consideraban como el mejor pintor de aquella época.



Invitamos desde aquí al lector a recrearse con todas y cada una de las sugerentes páginas de este espléndido facsímil y le invitamos, con su lectura y con su contemplación, a una vivificante zambullida en ese palpitante mundo medieval, más en concreto en el de la Baja Edad Media cristiana, en el que la iglesia, como se percibe claramente, sigue teniendo una importancia capital.





Este espléndido *Libro de horas de Luis de Laval*, testigo como tantos otros de un notable momento de cambio social, posee una carga simbólica excepcional y es una de las mejores atalayas desde la que pulsar el ritmo vital y religioso de toda una época, en que la iglesia no solo está omnipresente en la sociedad, sino que como dicen los medievalistas, ella es la sociedad misma. Así, la religiosidad de las páginas de este libro es inseparable de aquella realidad medieval cotidiana. Estos libros están cargados de las más íntimas creencias y vivencias del día a día de aquellas gentes, de sus hondos anhelos, sus aspiraciones y certezas. La otra cara de la moneda es, cómo no, la del prestigio, el poder temporal y el estatus económico-social del que hacen ostentación y que, de alguna manera, estos mismos libros otorgaban y pretendían salvaguardar.



Tras todo lo expuesto se comprenderá fácilmente la pasión con la que emprendimos este gran reto: **realizar el mejor facsímil posible del libro de horas más deslumbrante**. En uno de nuestros boletines anuales dábamos la entusiasta bienvenida a ese facsímil –hoy ya disponible pero en aquel momento aún en su fase de pre-edición– diciendo: *Prácticamente ultimado, el Libro de horas de Laval ya causa sensación. Estamos, definitivamente, ante uno de los libros más bellos del mundo según muchas voces. Y explicábamos cómo, tan solo el arduo proceso del perfecto dibujo de los oros de cada una de sus 700 páginas, exigió un promedio de siete horas por página de intenso trabajo de uno de nuestros mejores artesanos, lo que finalmente le supuso la dedicación exclusiva durante casi tres años a tan exigente tarea.* Por no hablar aquí de todos los demás trabajos y desvelos ni de las exclusivas técnicas



de nuestros talleres para la fase final de troquelado, envejecimiento y manipulado de cada ejemplar. Por lo que no es de extrañar que el Ministerio de Cultura concediera a Siloé nuevamente el premio al libro mejor editado en España en la modalidad de facsímiles por esta concienzuda copia.

Nos van a permitir cerrar este prólogo trayendo aquí a colación el párrafo final de nuestra introducción al volumen de estudios del *Libro de las maravillas del mundo*, pues, *mutatis mutandis*, parecería perfectamente escrito para este libro y para esta ocasión: desde aquí rogamos al lector disculpe la inmodestia, por no decir el orgullo, con el que **en Siloé afrontamos esta edición de uno de los grandes tesoros de la Biblioteca Nacional de Francia, el Libro de Horas de Luis de Laval**. Nos habría encantado facilitar a todos el original, pero como eso es imposible, se nos ha ocurrido ofrecer a cada uno la posibilidad de recrearse con la mejor réplica, de tal manera que todo bibliófilo tenga la oportunidad de estremecerse, de soñar y, con este libro en sus manos, hasta de sentirse por unos momentos un hombre del medievo, uno de esos antepasados para los que el mundo era una auténtica antología de las maravillas que le empujaban a arrodillarse cada día ante su creador y rogarle ardientemente por su conservación y por la salvación de su, a veces, atribulado espíritu.

